

cama en un tapete de cuero de cíbolo, vestido y armado como si estuviera en el campamento. Al ruido despertó, se puso en pie y explicó ruborizado que aquello era á causa de que no quería *mal imponerse*.

Cuando llegaba á la casa y se le invitaba á pasar al comedor, contestaba invariablemente:

— Gracias, señoras; ya es después.

Y sus acompañantes no dejaban de exclamar:

— Pero este don Santos es como la muerte de Apango: ni *chupa*, ni bebe, ni va al fandango.



## CAPITULO XII

### El martirio del justo

CUANDO vi á don Santos, le encontré todavía más demacrado, todavía más endeble, todavía más marchito que le había dejado. La color era como de marfil viejo, los labios estaban exangües, los cartilagos de las orejas se transparentaban cual si hubieran sido de cristal ligeramente rosáceo, el lagrimeo de los ojos (cubiertos con antiparras tan oscuras como de ordinario) era más insistente y más fluido. Daba lástima ver á aquella momia, animada apenas por un soplo interior pujante y brioso, que le consentía hacer frente á las debilidades del cuerpo.

Uno de sus ayudantes, Ramón Miravete, me llevó aparte y comenzó á hablarme con vehemencia que me impresionó.

— Una cochinada, Juan, una cochinada es lo que tiene al jefe así... Más que una, son varias cochinadas, muchas cochinadas, muchísimas cochinadas... La verdad es que yo no toleraba la cuarta parte de estas cosas; soy muy jarocho, y á la primera le habría dicho tres frescas al lucero del alba...

— ¡Pero, hombre, por Dios, cuenta esos horrores! Si no hablas, es imposible que nos entendamos.

— ¡Qué entendernos ni qué ocho cuartos! más vale callar, que así no se desbarra.

— Pues calla hasta la consumación de los siglos... si es que los siglos se consumen.

El cuarto era, entretanto, una olla de grillos, un verdadero y auténtico pandemonium. Oficiales de todas las graduaciones, de todas las armas, de todos los empleos, gritaban con cuanta fuerza guardaban en sus pulmones de hierro; sólo el jefe, retraído y ajeno á aquella gresca, dictaba á un escribiente con voz apenas perceptible entre la gritería.

— Eso no es ley ni vale la pena de decirlo, gritaba un barbudo: ¿se necesita el dinero?... pues se gasta y luego se paga; al fin sobran conventos é iglesias de que echar mano.

— Y luego, para la miseria de un millón de pesos...

— Miseria, y puede hacer triunfar nuestra causa.

— Por eso Doblado estaba de acuerdo.

— Pero no Juárez, que se muere de envidia por los méritos del jefe.

Parecía que don Santitos no se enteraba de aquellas habladorías; pero ello es que tan pronto como oyó la última frase, detuvo sus paseos, irguió la cabeza, miró al que la había pronunciado, y dijo én voz clara y perceptible:

— Suplico á mis amigos y prohibo á mis subordinados, que se expresen del señor Presidente de la República en términos que se alejen siquiera un punto (y diciendo esto enderezaba el índice de la mano derecha y levantaba el menguado cuerpecillo) del acatamiento debido á ese mandatario supremo... Lo prohibo, lo prohibo... y lo suplico.

Todos callaron, se interrumpió la cháchara empezada, y á poco se vió desfilar á los macheteros terror de las comarcas, á los acreditados *tulices*, á los gloriosísimos plateados y á los modestos oficiales del ejército, todos eufichicando y haciendo comentarios.

También Miravete y yo nos salimos á la sordina á recorrer las obscuras calles del pueblo viendo de paso los figurones de los que pelaban la pava recatándose de cualquier bulto que veían. Mi amigo también era enamorado (siempre lo fué don García), y cerca de una ventana pasó buena parte de la noche hasta que el frío se hizo sentir, y el hombre, dejando de hacer el Macías, pasó á recogerse.



— Pues sí, chico, me decía al retirarnos; hemos aprehendido una conducta de un millón y medio de pesos para poder dar fin á estas cosas. Don Santos, que es muy hombre, lleva el gato al agua y se echa la responsabilidad; pero todo estaba previsto y combinado. Figúrate qué hombres: Ortega quería tomar sobre sí la responsabilidad del paso, diciendo que el dinero se iba á emplear en las atenciones de su ejército; Doblado aseguraba que debía de ser él quien cargara el mochuelo, ya que había sugerido el paso y que por su orden se había hecho el secuestro; y Degollado intervenía sosteniendo que él era el jefe supremo y había aceptado conscientemente las indicaciones de los otros... Además, decía don Santos, el señor Ortega es el soldado del porvenir; lo que yo no logré nunca, *pegarle á Miramón*, él lo ha conseguido amplia-

mente. El señor Doblado, por su inteligencia y su instrucción, está llamado á desempeñar gran papel en el país... Yo, desacreditado por mis derrotas, malquisto por mis contemporizaciones, siempre *con el santo al lado*, nada pierdo si me procesan ó me destituyen: conque, yo seré quien *lleve el gato al agua* y no consentiré que otro se perjudique indebidamente...

Y así quedó acordado.

Apenas se supo que se había hecho la captura, vino más que de prisa el cónsul inglés en San Luis: consiguió le devolvieran cuatrocientos mil duros de sus nacionales y el resto está en casa, custodiado por el propio don Santos... Hemos corrido la mar de aventuras. Figúrate que en días pasados llevé un despacho del señor Degollado para Berriozábal. Me encontré al General en la hacienda de Jalpa y me instó á que descansara mientras leía los pliegos y escribía la respuesta... Jalpa es una gran propiedad rústica: lo que en los ranchos pequeños se llama la cuadrilla, allí es un verdadero pueblo; hay tantos empleados y gente trabajadora, que parece la propiedad una verdadera colmena. Después de comer, salí un rato á la puerta de la gran casa, y ví venir tres sujetos que me llamaron la atención. Uno era trigueño, atezado, joven, de gran barba negra y nariz larga y basta; el segundo, de edad madura, fingía gran desembarazo en cosas de caballo, pero á legua se miraba que aunque quería aparecer

*campista*, no era sino un tristísimo *saltacurripi*; el último, hombre ya de edad, era objeto de las atenciones de los otros dos, que trataban de mitigarle el cansancio con miramientos extraordinarios... A la cuenta ignoraban que hubiera chinacos en la hacienda, pues con toda confianza se dirigieron á la habitación de los Portillos, desmontaron de las bestias y ayudaron al viejecito á bajarse, mientras acallaban sus lamentos en que decía que el trance de la bajada era para él peor que el de la muerte... Dos cosas me llamaron la atención: que el viejo dijera un latinajo que le contestaron los acompañantes, y que al bajarse, todo encorvado y lamentoso, dejara ver una gran cruz de oro que se apresuró á esconder apenas notó que yo me fijaba en el caso. Al despedirme de Berriozábal le comuniqué mis observaciones, y él, llamándome visionario y tonto, mandó hacer un registro de la casa, diz que para cerciorarse y probarme que no sabía de la misa la media...

¿Y sabes quiénes eran los charros y qué andaban haciendo? El obispo Espinosa, un cura llamado Arias y Cárdenas, y otro padrecito apellidado Parra, que tomaban soleta y se alejaban con dirección á México.

El General les mandó aprehender; ellos quisieron resistir, ocultarse, ponerse en cobro, qué sé yo; pero todo inútil. Cuando entramos vimos á los dos jóvenes hincados en el suelo, y al viejo echado de bruces, rezando

entre dientes, despavorido y besuqueando la cruz con fervor que daba risa.

— ¡Quítense esas barbas, *pélese* esas cueras y bájense esas chivarras, maricones! dijo el coronel Otáñez sacudiendo á Espinosa.

— Sírvase, señor, dijo Arias, no maltratar al señor obispo mi amo; ya vamos á cumplimentar las órdenes de usted.

— Pues pronto, curácuaros indecentes... Quítense ese disfraz de hombres y pónganse el de mamarrachos.

El obispo, sostenido por sus dos familiares, salió de la estancia pálido y trasudando, diciendo entre dientes no sé qué oraciones, no sé qué misteriosas invocaciones, mientras besuqueaba sin cesar la cruz y el crucifijo.

Conducidos los presos á la presencia de Berriozábal, el General les interrogó aparte, y me dijo aguardara comunicaciones para don Santos... ¿Sabes el fin de todo?

Que don Santos mandó poner en libertad á Espinosa y á sus compañeros.

Mientras tanto llegamos al alojamiento del General, y Miravete me dejó para pasar á saludarle.

— Adelante, Ramón; ¿quién viene en su compañía?... Pase, la Llana, que todavía se trabaja por aquí.

Avanzamos, y vimos al jefe sentado á su mesa y cercado de un rintero de papeles.

— ¡Cómo trasnochan ustedes, jóvenes!... Aprovechen

estos días, que pronto saldremos de nuevo á correr aventuras.

— Trabajaba usted, señor, observó Ramón, y eso va á hacerle mal. Esa tensión constante de espíritu, ese afán de dar fin á todo desde el primer día, á la larga ó á la corta han de dañarle.

— ¡Dañarme! contestó impertérrito don Santos. El trabajo no daña ni puede dañar: lo he practicado desde que era niño, y aparte de haberme proporcionado ventajas positivas, me ha dado los ratos mejores que he tenido en mi vida... Ahora hay una razón para que active mi labor, y es que tengo que tomar resoluciones extremas antes de mucho... Y ya saben ustedes la frase del poeta: «Sólo quien se levanta antes de amanecer puede marcharse antes de que anochezca.» Hace mucho tiempo que vengo conociendo que mi cooperación no es necesaria para la conclusión de esta obra nuestra, y me alegro de ello. Pudo quizás algún día, cuando éramos pocos, y de esos pocos unos cuantos pensábamos, ser indispensable ó por lo menos útil á nuestros intereses la persona de Santos Degollado; ahora que la modesta semilla que aventamos al surco es árbol corpulento que nos abriga y nos presta sombra, ya puedo irme, ya puedo obscurecerme, ya puedo pedir que venga la muerte y que me entierren hondo, muy hondo, tan hondo que no sienta lo que pase encima de mí... Ustedes lo ven; hubo ya quien se cansara de oír

que me llamaban justo; pero faltaría á la primera ley de las democracias si quisiera estar siempre á la cabeza de gentes que valen más que yo; los pueblos son como las tribus australianas: matan al que llega á viejo en vez de aguardar á que se muera; yo me siento ya viejo, pues en estas bregas se envejece muy pronto.

— Señor, le interrumpí, usted ve hoy todo negro... quizá mañana...

— No sea usted niño, me respondió. O nada sabe, ó trata de consolarme con lenitivos indignos de usted y de mí. Lo veo, lo siento, lo palpo; me lo dicen las burlas de mis enemigos, la compasión de mis amigos, el desdén de mis émulos; mi tiempo pasó, pasó mi época y no volverán días mejores: ¡ojalá pueda lisonjearme de haber interpretado debidamente el sentir de mi generación, los años en que fuí su vocero! ¡ojalá que haya hecho por ella algo que la haya favorecido un poco!

— Señor...

— Podría proporcionar á ustedes mil pruebas que les demostraran cuán cierto es lo que digo; pero no más les enseñaré este recorte del *Boletín del Ejército Federal*.

¿Hay cosa más rara que se insulte al jefe del ejército federal en el periódico órgano de ese ejército? Pues sin embargo, así es; censurándose la libertad que dí al obispo Espinosa, viene aquí un artículo escrito de mano y pluma de Ignacio Vallarta... No hay injuria que no se me diga,

ni dicerio con que no se me zahiera, ni suposición deshonrosa con que no se me manche... Soy un fariseo atormentador de la letra de la ley, violador de mis propias determinaciones; substraigo de la jurisdicción legal á los enemigos públicos, y nada más estoy aguardando la entrada de las tropas liberales en México para solicitar una aduana marítima ó alguna otra cosa de provecho... ¿Verdad que el retrato es de mano maestra y que se parece maravillosamente al original?... Ahora se entienden las cosas de la revolución de manera distinta de como yo las comprendo. ¡Cómo ha de ser! Quizá tengan razón y sea yo quien esté equivocado... Ya me tachan de retrógrado, de enemigo de la libertad, de *purete* los mismos que antes me consideraban su jefe indiscutido: hay que darles gusto dejando mi lugar á quien más pueda y valga... Se me ha llamado el *héroe de las derrotas*: nunca fuí al combate con la seguridad de vencer, sino con el fin de luchar y cumplir con mi obligación de patriota y de soldado... Pero como lenitivo de todos mis fracasos, como prenda de que mi labor no quedó perdida, dejo á todos nuestros nuevos generales, que son los *héroes de los triunfos*: son mis hijos, y aunque lo pretendan, no sabrán desligar su gloria de mi pobre nombre... Seré el tronco inútil y que se manda derribar, pero que deja retoños lozanos y florecientes...

Acabo ahora de redactar un manifiesto á la nación con

motivo de la captura de la conducta en Laguna Seca: voy á leerles unos párrafos por si acaso creen que valgan la pena.

Y leyó aquel escrito elocuentísimo, enérgico, en que palpitan trozos de entrañas humanas arrancados á la fuerza y ofrecidos todavía sangrando á la voracidad de ese Huichilobos sanguinario é impasible que se llama la popularidad.

«Había reservado para mí y para los míos, dice, un nombre puro que legar á mi familia; pero un día la necesidad, en nombre de mi causa, llamó á mis puertas para pedirme ese nombre y entregarlo á la maledicencia, y yo consentí en entregarme como reo y sufrir ese suplicio peor que el martirio, porque en el martirio consuela la mano generosa de la gloria...»

Al fin entramos al cuarto de Miravete. Luego que nos desceñimos las espadas, mi amigo cogió la palmatoria de cobre con la vela de sebo, y me dijo:

—¿Sabes tú lo que es un millón de pesos? ¿Lo has visto en tu vida?

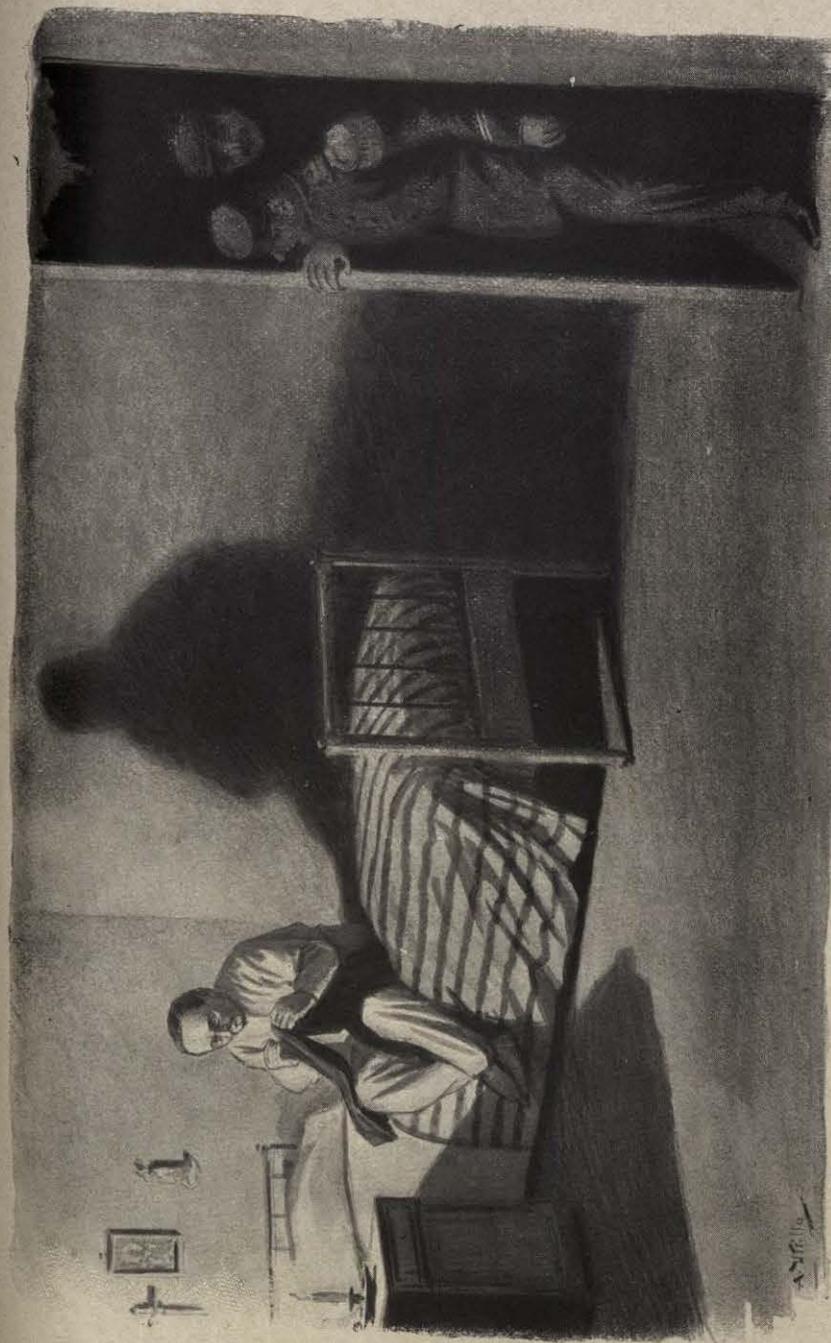
Y como le contestara que no me figuraba lo que fuera, me llevó á una pieza inmediata, y me mostró una *trincha* de sacos de arpillera alineada en el muro. Al principio las talegas de duros me hicieron el efecto de talegas de arena; pero á poco, á medida que la flama del mísero y apestoso velón pasaba cerca de

ellas, veía á través de las toscas mallas muchos ojuelos brillantes que me miraban como curiosos... Aquellas miradas, ora claras, ora amarillentas, según que procedieran de la plata ó del oro, me parecían las de las monjas que había visto en el convento de Santa Mónica, á través de la reja del coro: llenas de promesas, pletóricas de esperanzas, hablando á todos los sentidos y á todas las potencias; pero ¡ay! tan inasequibles unas como otras.

Descansamos al lado de aquella caverna de Alí Babá, y al día siguiente despertamos á buena hora.

— ¿Se habrá dormido el jefe? me dijo Miravete cuando, después de aguzar el oído, se convenció de que don Santos no dictaba al sempiterno escribiente. ¡Bah! estará haciendo oración mental como acostumbra, y por eso no se mueve ni deja entrar á nadie.

Espió un rato por la puerta entreabierta y luego me hizo seña de que acudiera á mirar algo que le parecía muy interesante. El General estaba en la cama; á su lado se hallaba una bolsa que contenía hilo, agujas, dedal, botones, tijeras y mil útiles de costura, amén de esparadrapo, tafetán inglés, unguento, árnica y otras muchas cosas de aplicación varia. Don Santos, sin los anteojos oscuros, y calados otros que á la cuenta permitían distinguir mejor los objetos, zurcía sus pantalones, sus eternos pantalones negros, que lo mismo le servían



Espió un rato por la puerta entreabierta, y luego...

para las recepciones como para los caminos y las batallas.

Miravete, con los ojos llenos de lágrimas, se retiró de la puerta, y balbuciente me dijo:

— ¡Qué hombre, amigo Pérez, qué hombre! mientras custodia cientos de miles de pesos, remienda su ropa para no ser gravoso á nadie... Si no es esto virtud y heroicidad, no sé á qué se llamará así.

